

15
2ej



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

**ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES
IZTACALA**

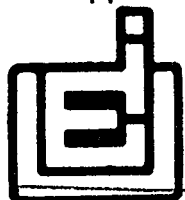
**EL TRANSFONDO DE MUERTE EN LA
MADRE EN RELACION A SU HIJO
DEFICIENTE MENTAL**

T E S I N A

**QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADO EN PSICOLOGIA**

P R E S E N T A

LILIA BUENO NIEVES



**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**

IZTACALA, EDO. DE MEXICO

1993



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

RESUMEN

El rol de la mujer y madre es determinado por las necesidades y valores dominantes de una sociedad dada. El sentimiento materno y su "naturaleza institucional", no deja de ser determinado en función de los mismos. El sentimiento materno es uno de los tabúes de nuestra civilización.

La postura Lacaniana del Psicoanálisis refiere que el sentimiento materno responde a un proceso de estructuración en la futura madre desde que es niña, definiéndose a lo largo del proceso de estructuración psicosexual una forma de ser, de sentir, de pensar y expresar su maternidad, su relación amorosa hacia un hijo.

En un principio está la función materna, los bebés no existen (Winnicott, 1980); el niño viene a insertarse en una red de significantes de los cuales son portadores ambos padres, Mito Familiar, primer lugar de estructuración del cuerpo imaginario y lugar desde donde se juegan los significantes estructurales y estructurantes de un hijo. Cuando éste nace, los padres y en particular la madre se enfrentan a un ser desconocido y posiblemente diferente al hijo imaginado. A partir de ese momento tendrá que empezar a reconocer y reconocerse a sí misma en el hijo real. Sin embargo, cuando ese hijo es un deficiente mental, la madre se ve imposibilitada a toda identificación, llegando a la negación de su condición de madre de ese hijo al que le deseará la muerte inconscientemente la mayoría de las veces, pero que en actos día con día le procurará.

INDICE

INTRODUCCION	1
CAPITULO I LA FUNCION MATERNA EN PSICOANALISIS	
BREVE ABORDAJE HISTORICO	7
ESTRUCTURACION DEL SENTIMIENTO MATERNO DESDE EL PSICOANALISIS	11
LA LALENGUA MATERNA	16
CAPITULO II LUGAR DE ARRAIGO DE LOS SIGNIFICANTES PARENTALES	
EL MITO FAMILIAR	19
EL SUJETO COMO OBJETO DE DESEO DEL "OTRO"	24
CAPITULO III DESEO Y ESTRUCTURACION DE UN HIJO	
FALO, SINTOMA, FANTASMA	29
LOS MOMENTOS IMPORTANTES EN LA ESTRUCTURACION DEL NIÑO	33
IMPORTANCIA DE LA ESTRUCTURACION MATERNA COMO PORTADORA DE UNA NUEVA ESTRUCTURA	40
CAPITULO IV LOS SIGNIFICANTES DEL NIÑO COMO OBJETO DE DESEO	45
CRISIS POR LAS QUE PASAN LOS PADRES ANTE EL NACIMIENTO DE UN HIJO QUE NO CORRESPONDE CON EL IMAGINADO: UN DEFICIENTE MENTAL	46
IMPOSIBILIDAD DE PROYECCION EN LA MADRE	51
CONSIDERACIONES	61
BIBLIOGRAFIA	66

INTRODUCCION.

Una de las particularidades de toda organización social es la asignación de roles. Generalmente a la madre se le ha asignado el rol del cuidado y educación de los hijos. De tal modo que la relación madre-hijo es tema que se ha abordado desde los tiempos más remotos de la existencia humana transmitiéndose de generación en generación a través del lenguaje. Cuando el conocimiento cotidiano busca su ampliación, se da el desarrollo de la ciencia en sus muy diversos campos de conocimiento, retomándose como objeto de estudio entre otros muchos, la relación madre-hijo, enfatizándose la importancia que tiene ésta, no solamente con respecto a la sobrevivencia del pequeño, sino a la relevancia de las relaciones que se establecen día con día en el proceso de estructuración de ese niño en sujeto. Incluso desde la Epoca Bíblica se hizo referencia al Sentimiento Maternal, al lazo establecido entre madre e hijo, aludiendo a características maternas tales como la abnegación, sufrimiento, el dar todo a cambio de nada por ése hijo, fruto de sus entrañas, quien establece una relación de dependencia hacia la madre, ya que ella le brinda cuidado, protección y sobre todo alimentación: requerimientos indispensables para su sobrevivencia; respondiendo la madre con un comportamiento natural y esperado. (Dolto, 1987).

Cabe comentar, que éste es un momento histórico determinante en el enclave del "tabú" acerca del amor materno, aspecto a considerar con mayor profundidad y detenimiento.

La misma ciencia en su diversificación, ha formulado una gran gama de teorías para dar explicación a dicha relación. De esta manera, las

postulaciones teóricas de la Etología mencionan que el amor maternal y las formas de comportamiento adoptadas por la madre hacia su hijo y viceversa, obedecen a pautas de comportamiento semejantes al reino animal, siendo así su naturaleza instintal. (Bowly, 1978 y Ainswort, 1973).

Otras teorías como la Psicología Conductista, dan cuenta de una relación madre-hijo, la cual se fortalece en función de las relaciones contingenciales establecidas entre estos sujetos; dependiendo del tipo de relación establecida, ya sea placentera o displacentera, en el estrechamiento de este vínculo materno producto del aprendizaje. (Ribes, 1972).

Así mismo, existen posiciones teóricas mediadores las cuales consideran que el proceso de estructuración del niño obedece a una interacción entre aquellos instintos innatos y las pautas de comportamiento surgidas de su interacción con el medio a través del proceso de aprendizaje.

Como podemos percatarnos, existe una gran diversidad de aproximaciones teóricas al tema en cuestión, pero gran parte de la literatura esquematiza la forma en que se da este vínculo y la importancia de la madre en específico y de la sociedad en general como formadores de pautas de comportamiento, cuando dicho hijo es contemplado bajo condiciones de "normalidad" y más recientemente se han ocupado de la etiología, la educación, tratamiento, orientación a padres, así como de las crisis depresivas y de culpabilidad entre otras, que enfrentan aquellos padres que han procreado un hijo fuera de dicha normalidad, un "deficiente mental". (Ingalls, 1982).

Sin embargo, se ha seguido alimentando el "tabú" acerca del amor maternal, preexistiendo éste con toda su carga emocional e incondicional hacia el hijo procreado, ya sea normal o deficiente mental. Pero entonces, ¿Qué es lo que sucede cuando observamos que en la mayoría de las familias existe una actitud que oscila entre la sobreprotección y el desafío o descuido de éste hijo que se ha etiquetado como deficiente mental, ya sea por causa orgánica o sin apreciación de ésta?. Gottlieb y Gorman (1967) han tratado tal actitud ambivalente.

Esto nos conduce a pensar en la existencia de un trastorno afectivo emocional en los padres, al nacimiento de un hijo que no corresponde con lo esperado, y no sólo a su nacimiento, sino previo a éste, enclavado en la época arcaica de todo ser humano y de sus significantes fantaseados.

Por tal motivo, el presente trabajo se sustentará en los postulados Teórico Psicoanalíticos sustentados por Lacan y sus seguidores, quienes nos dicen: el nacimiento de una nueva persona no se inicia con el acontecimiento biológico del alumbramiento, sino que el nacimiento de este niño se dá dentro de una sociedad por obra de dos personas, siendo su existencia determinada directa o indirectamente antes de su nacimiento. (Caruso, 1976).

Asimismo, Dolto (1987) refiere que el sentimiento de una madre hacia su hijo se manifiesta en su primer momento por medio de un lenguaje preverbal el que es producto de la educación de la niña, "ese sentimiento materno es enseñado inconscientemente y se constituye en la infancia, al contacto y con el ejemplo de las mujeres de las dos ascendencias (materna y paterna)

de la niña, según las relaciones de identificación del niño con las mujeres de su familia y con las mujeres que son sus nodrizas y educadoras. Ellas marcarán con fijaciones sucesivas sus emociones femeninas durante la evolución y las estructurarán, no sólo en los gestos, sino también y sobre todo en un modo de ser y de sentir". (pp. 242 - 243).

De aquí, que el tipo de relación que se establece en la diada madre-hijo presente la influencia de la estructuración triangular arraigada en la infancia de la madre; de esta manera, cuando la madre brinda cuidado y alimentación a su hijo, no solamente le provee sensaciones de bienestar, junto con éstas ofrece en su lenguaje preverbal y verbal, su amor, su odio, y en general toda una gama muy diversa de emociones que se engloban en la lengua materna.

Esta es la razón por la cual se plantea que cuando un niño nace, e incluso mucho antes de su nacimiento, está preconcebido en el deseo del Otro, como objeto de su deseo, y será estructurado en función de sus fijaciones, frustraciones, castraciones, etc.

Al nacimiento de un hijo, la madre no sólo lo inmiscuye en un orden social en donde se le brindan pautas de comportamiento y de pensar, sino que lo incluye en el orden de la cultura, es decir, le provee de un lugar dentro de la estructura familiar (triangulación) como un objeto de deseo en devenir sujeto deseante; así como de un lenguaje, el cual en sus inicios se fundamenta en la comunicación preverbal en donde prima la simbiosis madre-hijo, siendo la madre la mediadora entre el niño y el mundo significativo, esto es, entre el niño y el proceso de significación del niño. (Bleichmar, inédito).

Sin embargo, ¿Qué es lo que sucede cuando ese objeto de deseo del Otro, sale radicalmente de los límites de lo deseado en la fantasía o en el plano fantasmático por la madre, contraponiéndose con el niño real, el alumbramiento de un deficiente mental?, ¿Qué es lo que sucede en la madre al tener cerca de sí un pequeño con quien no encuentra ninguna identificación, el que la niega en el plano narcisista y en el que no se ve reflejada como una unidad, como una estructura integrada?

Al respecto, Mannoni (1987) refiere: "La relación amorosa madre-hijo tendrá siempre, en este caso un trasfondo de muerte, de muerte negada, disfrazada la mayor parte del tiempo de amor sublime; a veces de indiferencia patológica, en ocasiones de rechazo consciente, pero las ideas de muerte están ahí, aunque todas las madres no puedan tomar consciencia de ello". (pp. 20).

Tales consideraciones conducen a plantear: ¿El trasfondo de muerte se refiere sólo a la muerte simbólica? ¿Qué sucede en el plano de lo real? ¿Cuál es el papel jugado por el plano imaginario en el desarrollo de éste trasfondo de muerte?

En este sentido, el objetivo del presente trabajo es describir cómo se estructura el trasfondo de muerte en la madre y cuáles son los significantes implicados en el desarrollo del mismo cuando el objeto de deseo no corresponde con el sujeto real. Debe contemplarse que la importancia del presente reside en que, el delimitar con mayor claridad el proceso de significación y estructuración del amor materno, nos brindará: un mejor abordaje al tratamiento del niño "*deficiente o retrasado mental*", ya que

cotidianamente éste tiene que enfrentarse de entrada a una etiquetación que lo limita de inicio en sus capacidades, así como a una reeducación que probablemente no tenga nada que ver con el transfondo real del problema, pues su abordaje se queda sólo en la apariencia.

De igual manera, nos guiará en la línea de intervención a seguir, ya que la mayoría de los padres demandan una atención individual hacia su hijo considerando en éste el único problema con el cual tienen que enfrentarse. Así mismo, nos permitirá ahondar acerca del "tabú" relacionado con la incondicionalidad del amor materno, esclareciendo la génesis del mismo.

Se enfrentarán limitaciones como la poca información relacionada con el tema específico del transfondo de muerte y por lo tanto, a la búsqueda de información implícita ya que a nivel explícito se enfrenta una carencia de información.

CAPITULO I

LA FUNCION MATERNA EN PSICOANALISIS

BREVE ABORDAJE HISTORICO

Históricamente la madre es un personaje relativo y tridimensional, relativo porque no se le concibe sino, generalmente, en relación al padre de su hijo y tridimensional porque además de ser madre y esposa, es mujer con aspiraciones propias. De esta manera, al hablar de la familia es necesario referirse a la relación triangular no sólo como un hecho psicológico, sino también como una realidad social. Las funciones del padre, madre e hijo son determinadas por las necesidades y valores determinantes de una sociedad dada. En este sentido, la mujer será una madre buena o mala según la sociedad valore los roles o funciones de la madre.

De aquí que ha lo largo de la historia de la humanidad, el sentimiento materno haya mostrado ser una función de los valores dominantes de una época. Sólo antes del Siglo XVII se le consideró como un instinto innato que provenía de la "*naturaleza femenina*". Las mujeres de los Siglos XVII y XVIII parecieron ignorarlo, delegando el cuidado de sus hijos de la crianza más esencial como el amamantamiento, es decir, desde su más tierna infancia como a lo largo de casi toda su vida, en nodrizas o internados; impulsadas por la ideología dominante de la Francia de esos tiempos, la cual otorgaba una función más importante al trabajo junto a su marido en el campo o a su participación dentro de la sociedad (generalmente en reuniones sociales). El niño, bajo estas circunstancias fue considerado como un impedimento material para realizar esa vida de placer en donde para las

mujeres no existía ningún deber, ninguna obligación moral o social en relación a ese hijo. No hay principio de realidad que obstaculice el principio del placer. Los finales del Siglo XVIII marcarían un cambio radical hacia una nueva forma de vida en la que su eje sería el "interior". La familia moderna se organizaría en torno al calor de los vínculos afectivos familiares adquiriendo la madre una importancia fundamental. El no querer a los hijos se convierte en un crimen. La maternidad se transforma en una función gratificante y cargada de ideales asociados a un aspecto místico que evoca la vocación y el sacrificio.

A la par con el desarrollo histórico surgen diferentes imágenes religiosas relacionadas con la maternidad. Dentro de algunas de las imágenes ancestrales del amor materno se encuentran en el mundo Romano el amor materno, considerado como posesivo y celoso, siendo los hijos objetos en posesión como haberes de riqueza; en el mundo Judeo Cristiano como la de la Virgen María, la existencia de una madre sin genitor, en donde el poder reside en la madre y el hijo únicamente. Estas son las imágenes religiosas hasta antes del Renacimiento. Ya en el Renacimiento, influido por la Roma antigua, el gran poeta Francisco de Asís fue el primero en representar el psicodrama del pesebre y el nacimiento, así como plasmar el sentimiento más evolucionado hasta su tiempo, del sentimiento maternal plasmado de humildad y respeto.

De esta manera, el deseo humano de tener de descendencia adopta desde el principio, dos formas culturales diferentes. En el Génesis, Dios exhorta al hombre y a la mujer a la fecundidad, teniendo como finalidad el poblar la tierra y adueñarse de los elementos, siendo ésta, la fecundidad, una misión de exaltación a desarrollarse en el cuerpo de la mujer, y medio para alcanzar el

poder. Posteriormente, cuando acontece el repudio del hombre por Dios, despoja a la fecundidad de su misión de exaltamiento y convierte al cuerpo de la mujer en el lugar de castigo --parirás con dolor los hijos-- . Tanto hombres como mujeres a partir de este momento se considerarían mortales y su descendencia constituiría una amenaza.

Así, el hijo por nacer será vivido como una amenaza contra la integridad de la madre (narcisismo) o como un héroe, quien vengará a su madre ante el infortunio de la vida. (Mannoni, 1985).

En general, se sigue contribuyendo a la confusión mítica de una madre buena, abnegada, educadora, servicial, humilde, etc., al seguirla identificando con imágenes edificantes, por lo que la madre se encuentran disociada de su relación de amante con respecto al padre. Asimismo de tales imágenes, el niño recibe una justificación religiosa, estética y social para su fantasía de antes de los tres años, de una madre partogenética y fálica. Partogenética porque en ese momento, antes del complejo de Edipo, la niña se siente autónoma para la procreación, la cual imagina es producto de la ingesta. Fálica, porque la niña al imitar todos los comportamientos de su madre en la generalidad, está participando de su propia estructuración como madre, pero a la vez como sujeto de deseo para los otros. La niña desea igualar a su madre en actitudes y procreación (deseo anal narcisista), pero permaneciendo ésta sin referencia a la genitalidad, ni a la unión sexual de los cuerpos, justificándose así por la cultura su deseo infantil de hacer y manipular un objeto fálico (sus muñecas, su oso de peluche y finalmente un hijo). (Dolto, 1987).

En el Siglo XIX e inicios del Siglo XX se exaltará y ampliará este ideal que conocemos como amor maternal y especialmente la obra de Freud y el psicoanálisis convertirán a la madre en el personaje central de la familia, marcando así un punto clave en la evolución histórica del valor social del "*instinto materno*" y la "*estructuración del amor materno*" a futuro. Se cuestionará el amor maternal como un instinto innato y refiriéndolo como un sentimiento humano, incierto, frágil e imperfecto. (Badinter, 1981); y se presentará a la mujer, su sexualidad así como su función, producto de la sociedad en la que participa. (Langer, 1990).

ESTRUCTURACION DEL SENTIMIENTO MATERNO DESDE EL PSICOANALISIS.

El psicoanálisis ha permitido estudiar a través del comportamiento de las niñas durante su evolución hasta el estado de madres, las reacciones emocionales y comportamentales implicadas en la génesis del sentimiento materno. Así como mediante el estudio de madres adultas, quienes tienen hijos con dificultades, nos ha permitido descubrir que ellas, experimentan emociones inconscientes ⁽¹⁾ desgastantes y ansiógenas hacia sus hijos, a la par de comportamientos manifiestamente normales, los cuales pueden ser juzgados en ocasiones de muy abnegados, tanto por las mismas madres como por la sociedad que es testigo de ellos.

La dinámica de la estructuración del sentimiento materno se aleja del prototipo propuesto por la imaginería de los cromos e imágenes míticas culturales que hemos heredado de nuestros antepasados, transmitidas de una manera abstracta o fantaseada.

Los sentimientos de una mujer hacia su hijo constituyen un modo de lenguaje entre estos (gestos, palabras por la madre). Lenguaje que en sus inicios se caracteriza por ser preverbal y a la vez producto de la educación de la niña; pero que también depende de la relación de la madre con el genitor del hijo y con el medio actual, tanto familiar como sociocultural.

Como producto, ese lenguaje, el sentimiento materno, es enseñado inconscientemente en la infancia y se constituye al contacto y con el

(1) Experiencias a las que no se tienen acceso en el plano de lo real, aparecen ocultas o reprimidas en el plano imaginario de la madre.

ejemplo de las mujeres con las que la niña ha tenido relación (ascendencia paterna y materna), según las relaciones de identificación o rechazo de identificación con las mujeres de su familia y con las mujeres que han tenido que ver en su vida futura. Dichas mujeres olvidadas por la niña ya adulta, marcaron con fijaciones sus emociones femeninas durante su evolución y, las estructuraron en los gestos, pero sobre todo en un modo de ser y de sentir. (Dolto, 1987).

El sentimiento materno es un lenguaje del cuerpo y todo sentimiento experimentado está ligado al narcisismo ⁽²⁾ ese centro de "mismidad", que cada quien identifica consigo para conservarlo. Esa pulsión (energía) conservadora está relacionada con el amor por sí mismo.

En el niño, el narcisismo esta ligado al bienestar de su cuerpo en sus inicios y poco a poco valorizado por percepciones inconscientes y conscientes en relación a su persona y comportamiento.

En la niña pequeña, el clítoris y los pezones se vuelven los lugares del narcisismo sensual; cuando se percata de su falta de pene sobrevienen fantasías de valor compensador relacionadas con la apariencia especular (estéticas y seducturas) de su cuerpo, como el lenguaje, la habilidad doméstica y en general todos aquellos comportamientos que la puedan hacer apreciable fálicamente por los otros a pesar de su contrariedad especular genital, la falta de pene. Hablar de la pulsión especular debe entenderse como aquella tendencia en el niño a integrar las partes en un todo; así la niña trata de integrar su imagen como un todo. (Rodulfo y Rodulfo, 1986).

(2) Rodulfo y Rodulfo (1986).

A través del lenguaje, la niña hasta entonces neutra (bebé, niño) comprende que está significada en la parte femenina de la humanidad por un nombre, pronombre y adjetivos que la integran. La coquetería narcisista de la niñita se muestra en su gracia corporal, en su carga fetichista de las muñecas -falos compensadores a los cuales prodiga cuidados-, en jugar y proteger a los niños pequeños; lo que constituirá la valoración compensadora a través de la aceptación del grupo de los adultos que la valorizan como futura madre. Todos éstos, son signos de que la niña ha integrado la castración primaria, entendiéndose ésta, como el aceptar el propio sexo y renunciar al del otro, saber y aceptar que se tiene un sexo único. (Dolto, 1987).

Después de los tres años, si la niña ha logrado superar la herida narcisista, logrará su identificación con el comportamiento social de la madre.

Pero existen contrariedades narcisistas provocadas por el descubrimiento de su forma genital durante su niñez, elaborando inconscientemente la represión de toda percepción olfativa de una región considerada como vergonzosa, elaborando una repulsión en particular por los olores de la leche y la región urogenital, extendiéndose esta repulsión al olor del cuerpo de los bebés.

El lenguaje corporal materno positivo hacia los pequeños se estructura con base en las percepciones olfativas, auditivas, visuales y táctiles agradables del cuerpo del lactante, así como de sus funciones naturales siendo éstas, percepciones narcisizantes cuando se trata de su hijo, para toda madre normalmente mujer.

Las heridas narcisizantes no superadas a la edad de tres años, originan mujeres convertidas en madres que provocan muchos de los trastornos somáticos de su lactante. Otras niñas llegan a menospreciar la femineidad como tal y lo que la caracteriza en su medio social; convertidas en mujeres a las que sólo el hecho de ser madres y nodrizas las narcisiza.

Después de los tres años, la niña que ha logrado la identificación con su madre, no tiene todavía noción de que el nacimiento se hace por vías genitales como útero y vagina y elabora fantasías de concepción digestiva oral y de parto umbilical o anal (por defecación), o sádico por estallido del vientre o por el cuchillo del cirujano.

El descubrimiento del lazo sexual que une a su padre y madre y en general a las mujeres con sus amantes, antes de la pubertad, es lo que le hace perder a la niña el interés por sus muñecas y valorizar la búsqueda de los sentimientos e intercambios emocionales con el sexo opuesto. Dichos intercambios aportarán a la estructuración de la futura madre, confirmación, exaltación o invalidación del valor social de la misma en función de las palabras otorgadas por las mujeres que estima pueden llevarla a valorizar sus emociones femeninas relacionadas con el deseo vaginal o que le hacen avergonzarse de las mismas y desvalorizarse en su calidad de mujer.

De igual forma, la aparición de la menstruación proporcionará angustia o seguridad así como afirmación de los sentimientos femeninos y maternos en función de la introducción que ha tenido por otras mujeres, de preferencia su madre, quien confirmará o no su naturaleza.

Cuando la muchacha, convertida corporalmente en mujer, establece relación sexual con un hombre, despertarán en ella tanto sentimientos inconscientes como expresiones conscientes de los sentimientos maternos, junto con el deseo de él, el deseo de un hijo, deseado por ambos.

La simbiosis establecida entre madre e hijo con el acontecimiento biológico de su nacimiento y luego el sentimiento materno, sólo logra humanizarse y estructurarse si la diada madre-hijo de la primera infancia es constantemente articulada tanto por la mujer como por los familiares y el medio social, en general con el padre del niño o con el cónyuge legal en caso de divorcio. (Dolto, 1987).

LA LENGUA MATERNA.

Al nacimiento de un bebé, la madre desempeña un papel decisivo en la primera época de su vida. Spitz dió a ésta íntima unión entre madre e hijo el nombre de "*diada*", concepto que significa que para sobrevivir el niño, necesita tanto amor como cuidado, fortaleciéndose la unidad madre-hijo aún después del nacimiento, unidad llamada "*simbiosis*". En esta relación simbiótica, el niño no puede sentir amor y todos los elementos placenteros se los procurará la madre. En el estado de simbiosis, la madre no representa para el niño un objeto ajeno sino una parte de sí mismo, o él como parte de ella. Por esto, que el alumbramiento biológico no baste por sí mismo para hacer del biológicamente nacido un ser humano. Para este fin es necesario, la socialización, la cual se inicia antes del nacimiento mismo. La primera condición para que el niño viva y se desarrolle es la aceptación del mismo por la sociedad, en el caso del niño pequeño por la familia y sobre todo al principio por la madre. Se quiera o no, la existencia del hombre en general depende del factor social y subjetivo de la aceptación. (Caruso, 1976).

En un inicio, el establecimiento de los vínculos estructurantes entre madre e hijo tienen su base en el lenguaje preverbal y la comunicación a través del lenguaje corporal. Las expresiones del bebé, sus gritos y las sonrisas dirigidas a su madre reciben o no respuesta. De esta manera, el niño logra sobrevivir por la exigencia de cuidados y alimentación, pero recibe por añadidura información mímica, auditiva y de comportamiento, entrecruzándose los valores de lo bueno y de lo malo tanto para el cuerpo como para el clima emocional. Este lenguaje preverbal, "*lengua materna*"

con sus suspiros, su rudeza, su ternura y su pasión, transmite sus anhelos vehiculando lo que demanda de su hijo y, al mismo tiempo lo pulsa a que se le coloque en el lugar de la demanda. (Dolto, 1987).

Winnicott (1980) menciona: *"en un principio está la función matema, los bebés no existen"* . Esto es, al nacer el niño se inserta en una red de significantes constituidos entre otros por el lugar donde intervienen los sonidos, las miradas, el tacto, así como la cualificación y cuantificación de procesos placenteros y displacenteros, ingresando así a este espacio a través de la preocupación maternal primaria y en un sentido más amplio al espacio de los otros. *"El niño con su llanto emite un signo y este signo es devuelto y transformado en signifiante por la función matema"*.

Así, el niño va estructurando toda una trama de significaciones a modo de intercambio con la madre por diversas Vías: oral, escópica ⁽³⁾ , del tono muscular, sensaciones acústicas, olfativas, etc. Esta primera mediación signifiante pone remedio a la *"falta de ser"* siendo la relación narcisística fundamental en el desarrollo imaginario del ser humano, el primer encuentro con el Yo.

Para algunos autores como Lacan (1975), el momento especular se da cuando el niño va reflejada por primera vez su imagen ante el espejo; para otros como Winnicott (1980) y Sami Alli (1979) el primer lugar donde se mira el niño es el rostro materno, pasando a ser éste la condición de espejo.

(3) Al hablar de escópico se piensa en que el lactante empieza a estructurarse y sostenerse en torno al eje oral visual y no únicamente a la oralidad.

En este primer espejo que es la madre se encuentran inscritos los mitos familiares, de los cuales ella es portadora, cuerpo materno de donde el niño extrae los primeros significantes, constituyéndose así este niño en lugar, lugar de toda posible estructuración. Pero la importancia del espejo que compone la función materna no reside en su efecto concreto de reflejar la imagen, sino por su pulsión escópica, pues allí donde el niño es solo dispersión hay algo que se le ofrece como lugar de unificación, la imago de la especie, precursora de la imagen integradora del todo y sus partes, la cual es causa de la unificación de algo que no es pero que pretenderá desde ése momento ser. El Otro se transforma en el lugar de rebote de esa imagen, por eso el Otro, la madre, es lugar de constitución, de estructuración. Por ejemplo, cuando la madre amamanta no lo hace sólo en el plano oral sino que se pone a flote todo un polimorfismo de la lactancia pues la pulsión escópica conduce al bebé a empezar a estructurarse en torno al eje oral visual, ya que cuando las madres alimentan y observan a sus hijos, con su sonrisa demuestran que la boca no es sólo órgano de succión, sino que surgen fonemas, juego de actitudes, contactos, etc.

La madre inicia al niño en el apaciguamiento de las necesidades de su cuerpo, el apaciguamiento de las tensiones del deseo y también por sus mimos, caricias y palabras que le dirige, en el reconocimiento de su padre, de sus familiares y de todas las personas a las que habla en presencia del niño. Lo inicia en la vida social, en el orden de la cultura y la consecuente apropiación de significantes.

CAPITULO II

LUGAR DE ARRAIGO DE LOS SIGNIFICANTES PARENTALES.

EL MITO FAMILIAR.

A partir de los años cincuenta la Antropología Estructural de Levi-Strauss sienta las bases para concebir el Mito como el medio humano más específico en la relación del hombre con el mundo, dejando de lado el dualismo individuo/sociedad, ya que ambos se encontrarían entrelazados por la dimensión cultural, lo que constituye la producción mítica. La importancia de esta conceptualización para la clínica psicoanalítica se dió considerando que en lo que al sujeto concierne es el medio, el lugar, es decir: el Mito; ya que este constituye el lugar primordial de la vida humana y no un relato pintoresco o irracional. Así, el principal interés del psicoanálisis a partir de este momento se volcará sobre el Mito Familiar.

La primera conceptualización propuesta por Freud de "*prehistoria*" se vió modificada y dejó de limitarse a los años tempranos que sucumben a la represión en lo que hace a su recuerdo directo, para retroceder y abarcar la estructura histórica familiar que espera al sujeto que lo destina.

Rodulfo y Rodulfo (1989) cita respecto al Mito Familiar: "*se puede caracterizar por lo que un niño respira allí donde está colocado; homologable en su función al aire, al oxígeno. Lo que respira en un lugar a través de una serie de prácticas cotidianas que incluyen actos, dichos, ideologías, normas educativas, regulaciones del cuerpo*". El Mito es ese lugar donde se van a

buscar los significantes ⁽¹⁾, siendo en primer instancia el cuerpo materno donde se concibe encontrar los significantes de apertura.

Al respecto, el trabajo clínico referido en Rodulfo (1989) refiere: *"En un plano cuyo límite patológico se transpondrá al de las neurosis, es común escuchar que se refiere a un hijo como bicho 'o bichito'; lo cual se atiende al nivel del sentido figurado. En cambio, si entra en juego una intervención psicotizante, realmente verá allí un bicho. Una mujer psicótica habla de cómo quedó embarazada sin sospecharlo por largo tiempo y al nacimiento de éste añadió: Resultó ser un tumor con patas. Tal es el primer cuerpo imaginado de este chico, efectivamente una suerte de bicho"*. (Pág. 70).

La actitud corporal, la tensión postural o un estado de relajación en la madre son elementos del mito familiar. En una simple mirada puede detectarse la escritura del mito y no sólo en su mirada, sino en su estilo de darle el pecho, en las dificultades para hacerlo, en su manera de vestirlo y bañarlo. El Mito Familiar no es un discurso externo, sino que se encuentra en el cuerpo materno, identidad que convoca al concepto de inclusiones recíprocas. (Sami Alli, 1979).

De aquí, que en muchas ocasiones no baste la información del aquí y ahora, sino que exista la necesidad de rastrear la prehistoria del mismo, es decir, la ley o leyes familiares que le anteceden generaciones atrás, los significantes que se repiten a través del tiempo.

⁽¹⁾ Los significantes para Rodulfo obedecen a criterios tales como: su repetición constante (los segundos varones de la familia siempre fueron presos), imperativo que se relaciona con un mal deseo para ese sujeto. Su valor distintivo. Y que el significante tiene siempre una dirección, conduce a ubicar al sujeto en un cierto lugar.

Los significantes no son producidos por el niño, sino que se suele encontrarlos en las acciones y palabras de quienes lo rodean. Desde esta perspectiva es importante considerar planteamientos como: ¿Qué representa el niño para el deseo de sus padres? y ¿Para qué se le desea? Ya que esta ubicación propiciará su acceso a la condición de sujeto o incluso propiciarlo una psicosis o la muerte. Para tal efecto, es necesario escuadrñar cuál es el lugar que se le ha asignado a este niño dentro del "*Mito Familiar*".

En el mito familiar se pueden distinguir dos niveles, el del proceso y el de la función, los cuales no se dan por separado sino a la par en el niño, ya que éste obedece a un proceso de construcción de presujeto objeto de deseo del Otro (la madre) y de los otros en general, a sujeto psicosexualmente estructurado como deseante, su paso por el mundo imaginario, lo real y lo simbólico. Este proceso de significación o constitución se apuntala en la función materna, paterna, y las funciones que cumplen los miembros de otras generaciones (abuelos, etc.).

Es importante comprender en que mito vive el niño y que significa en ese lugar ser madre y padre, pues el mito es un puñado de significantes dispuestos de cierta manera, los cuales forman una cadena en la que se encuentra atrapado el niño aún mucho antes de su nacimiento.

El bebé al nacer tiene que luchar ya por la adquisición de significantes como parte del proceso de estructuración en sujeto y éste es propiciado en un ambiente sano, por las funciones parentales, pues de otra manera se caerá en la imposición de significantes y en una consecuente negación de su condición de devenir sujeto. Esto es lo que se refiere a ocupar un lugar en el

Otro, pues sólo en función de ser transformado en objeto del deseo de Otro es que se origina la posibilidad de la existencia subjetiva. El bebé ocupa un espacio, tiene un cuerpo físico, pero esto no basta para asegurar su estructuración, sólo es capaz de asumirlo y de apropiárselo como tal en un largo y complicado proceso de devenir histórico - estructural sustentado por las funciones parentales.

Un ejemplo de un caso patológico de la negación de significantes hacia un hijo por parte de la pareja parental, lo constituye el caso de Luciano, en donde los padres cuentan que esperan una niña, Lucía, y en su lugar vino un niño al que significaron Luciano, es decir, Lucía no; un ejemplo ilustrativo para detectar cómo se le nomina con un término que lo niega. La nominación es una trampa que nos dice que él no es lo esperado, no es lo deseado. En este sentido, el nombre, no es un significantes que pueda servirle para vivir, pues no lo representa, sino que representa instancias maternas y paternas hostiles hacia el hijo. (Rodulfo, R., 1989).

En suma, son dos tipos de significantes los que son determinantes para la estructuración del sujeto, los significantes del sujeto y los significantes del super-yo, los cuales se encuentran entrelazados a lo largo del proceso de significación y estructuración del niño en sujeto, ya que si los primeros son todos aquéllos significantes a los cuales el niño tiene que asirse para constituirse, éstos se forman a partir de la influencia directa del super-yo de los padres, es decir, de las relaciones particulares de éstos con el niño. Por tal razón se dice que desde los fantasmas de una embarazada, desde sus significantes yoicos, se puede estudiar que tipo de espacio espera a un futuro ser.

Rodulfo (1989) refiere el caso de una madre que cuando se produjo su embarazo, significara a su hijo como una "alhaja"; pero a los siete años, tiempo de la consulta, se ha estereotipado al hijo, estereotipándose al mismo tiempo las intervenciones maternas tendientes a literalizar la condición de alhaja, inmovilizando en el plano real al niño. La madre desaprueba lo que denota como un síntoma de "rudo", lo que resulta de toda exhuberancia motriz del chico manifestada en su pasión por jugar futbol o en su intervención en ocasionales peleas. En este caso, la nominación de alhaja ha pasado a funcionar como un significante del super-yo, lo cual no en todas ocasiones es benéfico para la estructuración del niño. (pp. 62).

EL SUJETO COMO OBJETO DE DESEO DEL "OTRO".

¿Qué fue lo que impulsó la elección de una pareja? Szondi (en Richard, 1971) nos habla que desde el primer momento, en el primer encuentro, se configuran dos seres como pareja; así como la futura constelación familiar, obedeciendo tal elección a fenómenos pulsionales. El primer encuentro no se configura por las circunstancias exteriores bajo las cuales se establece una relación, sino al intercambio pulsional que se da entre estos dos seres, al encontrar cada uno de lo que desea en ese Otro, obedeciendo a movimientos inconscientes. Por tal razón, Lacan (1975) afirma que el deseo es el deseo del Otro. Se debe entender que el Otro preexiste en el deseo de una persona y se constituye desde la infancia, pero ese Otro será el que posibilitará la realización de mi deseo a nivel simbólico como pareja.

"Se trata del Otro en mi deseo y al que mi deseo se refiere, pero el Otro es también quien lo constituye, ese Otro es el lugar de lo simbólico a partir del cual mi deseo resulta posible". (Richard, 1971).

Es decir, en el discurso parental se aprehende al niño y se lo constituye como producto de deseo del Otro, el "ello hablante", el deseo fálico de tener un hijo.

El recién nacido sobrevive por la mediación del deseo de ese Otro, "La Madre", quien bajo una forma de ofrecimiento de un don, satisface sus necesidades (alimento, cuidado), pero el don conlleva una demanda, una exigencia y, al aceptar el don, el niño, equivale a colocarse en el lugar del

deseo del Otro, aceptar sobrevivir porque él lo desea y, hacerse deseante de ese deseo. *"La madre, el Otro, con su deseo pasando por su lengua, expresando sus demandas, ofreciendo sus dones como significantes de su amor, escribe las pulsiones en el cuerpo infantil, lo conduce a la existencia"*. (Braunstein, 1987).

Con el cambio de la concepción prehistórica a Mito Familiar, lo constitucional o estructuración psicosexual se desdobra a lo que se nombró como *"herencia cultural"* contemplando todo el orden prehistórico que viene a marcar al pequeño sujeto desde mucho antes de su nacimiento efectivo, antes aún de su crecimiento en el vientre materno, allí donde se habla de él dándole un cuerpo de palabra, un cuerpo imaginario.

Ese cuerpo imaginario obedece a un collage de mitos intrincados en toda una trama significativa de su estructuración y no sólo a uno. De aquí, que del encuentro del cuerpo concreto de la madre con el mito familiar que regula sus actitudes, sus fantasías, sus fantasmas, nacerá el cuerpo imaginado, el cuerpo creado en la fantasía de la madre, siendo éste el primer cuerpo del hijo que se prepara para vivir, primer lugar que ocupa en el mundo simbólico y que se refleja en la preparación de su habitación, de su cuna, de su moisés. (Rodulfo, 1989).

El nacimiento de un hijo conduce a una doble imagen en la madre. Una positiva en tanto que la sociedad como ella se valoriza al ser capaz de dar la vida, de producir y reanudar la unidad de identificación con su propia madre. Y otra negativa, en donde la madre al primer encuentro con su hijo

manifiesta la impresión de no pertenencia, de que ese niño no es el suyo. (Richard, 1971).

Este fenómeno se debe a que la visión que tenía la madre, acerca de su hijo era en relación al hijo imaginario, al hijo creado en su fantasía, y por lo tanto, se refiere a una visión parcial del mismo, siendo necesario tiempo para que se establezca una verdadera relación madre-hijo, relación establecida con el hijo real y concreto y no con el imaginario o producto de su fantasía.

Finalmente, el drama de la pareja radica en que ese hijo del cual han entrado en posesión debe transformarse de objeto de cuidados en sujeto, debe pasar del estado en sí o del no ser a una existencia autónoma o de constitución en ser; esto será posible sólo si la madre le permite y le deja tomar su lugar dentro de la familia y no lo obstaculiza.

En el caso de Martín ⁽²⁾, el niño que pegaba a su madre, reseña un proceso analítico completo en donde el punto capital del método terapéutico es la regresión y el proceso de resignificación de momentos o estados no claros en la estructuración del niño. Tanto Martín como su madre acuden juntos a la terapia, aunque ella acude a terapia individual, y en el caso de Martín al principio es más bien una observadora.

Esta historia reseña la de un niño de tres años y medio de edad, quien mostraba una marcada conducta agresiva hacia su madre, sus hermanos y a sus compañeros del jardín de niños; sin causa aparente alguna.

(2) Frédéric y Malinsky, "El niño que pegaba a su madre". (1981).

La madre al iniciar la terapia, refiere haberse divorciado de su primer matrimonio, con una hija: María. Vuelve a casar y procrea otra niña: Ana. Después de dos años se embaraza nuevamente pero cursa el primer trimestre en cama por amenaza de aborto y vómito incontrolable; ello le provoca un aborto a los cuatro meses de gestación. Ella narra: *"No quise verlo y siempre le preguntaba a mi marido como era, para mí continuaba vivo"*. Posteriormente, dos años más, se embaraza de Martín guardando cama por seis meses, pues nuevamente presenta vómito extremo y amenaza de aborto; pero cuando el médico le confirma la posibilidad de aborto, ella rechaza la idea; y en consecuencia, le desaparecen paulatinamente las molestias.

La madre no amamanta al pequeño por sobrevenirle una fuerte depresión; además el bebé vomitaba todo, una hora después de haber ingerido alimentos; manifestándose problemas para comer aún cuando se inicia el tratamiento.

En general, se busca reestructurar la relación madre-hijo y al mismo tiempo, a través de la regresión (la cual llega hasta el estadio oral), reestablecer el placer de la madre al cuidarlo, tocarlo, etc. Como el placer experimentado por el niño al ser tocado, amamantado, es decir, repetir sin cesar las necesidades de la primera infancia, las que no había satisfecho suficientemente.

Las terapias son libres y generalmente con base en el juego; en un principio, el niño revive los conflictos y las dificultades de relación con su madre por medio del juego con la terapeuta. Posteriormente abandona el juego para

revivirlos directamente con su madre cuando ella ha logrado renunciar al hijo perdido (aborto).

Además, menciona cómo la importancia de ejercer el rol paterno cará pie a la separación madre-hijo en su acceso al Edipo.

CAPITULO III.

DESEO Y ESTRUCTURACION DE UN HIJO.

FALO, SINTOMA Y FANTASMA.

El niño al nacer, queda significado por una cierta posición dentro del mito familiar, ya sea como falo, como síntoma (emergente cuando el conflicto se encuentra del lado de los padres), o como fantasma, donde se perpetúa como objeto de goce para Otro. La falización implica que un niño quede marcado como un ser deseado y como fruto del encuentro libidinal ⁽¹⁾ de una pareja, momento trascendente para la constitución subjetiva y estructuración del niño. Al nacimiento de éste, debe haber una fase transitoria de enamoramiento de la madre hacia el hijo pues esa falización es lo que constituye su cuerpo, lo que implica haber transmitido narcisismo del Otro (madre) al pequeño otro. Por lo tanto, el ser falizado constituye el medio fundamental para el desarrollo del sujeto, para la posterior apropiación simbólica y la estructuración subjetiva del niño.

Por lo anterior, es que resulta importante considerar en calidad de qué es deseado un hijo y para qué, ya que éste puede estar marcado en posición significativa de falo, de síntoma o de fantasma, aunque se cree en su coexistencia y no en su aparición por separado.

(1) En Freud, la libido es reducible en última instancia a la fuerza del deseo masculino y por tanto, está en estrecha relación con el falo, es una objetivación cuantitativa del deseo que permite dar cuenta de aquello que es movido por ese deseo y de sus vicisitudes. Pero decir que la libido es la energía del deseo inconsciente, implica negar que sea la energía comandada por el principio del placer; pues si hay un principio que guía el deseo, este no es el del placer sino el de la imposibilidad y el fracaso del placer y satisfacción.

Sin embargo, es necesario hacer algunas consideraciones acerca de la falización, ya que durante mucho tiempo dentro del psicoanálisis se confundió niño deseado ⁽²⁾ con un niño falizado, como si la falización fuera la única forma de marcarlo por el deseo, pero bien puede ser deseado en su calidad de síntoma, de fantasma o de falo.

En el caso de marcarlo como falo, se contempla que esto lo hace la madre aún antes del nacimiento de su pequeño, pero se debe considerar que se ha rebasado la tesis Freudiana de que lo que desea toda mujer es tener un pene, deseo que consumará con el nacimiento de un hijo varón; pues después de los trabajos de Lacan, Leford y Dolto la falización ya no es afectada por la presencia o ausencia del pene, sino que obedece a un marcaje de tipo cultural propio del orden mítico. Por lo tanto, la falización del niño no sólo concierne a la madre, sino al padre y a todo el grupo familiar y parafamiliar.

En la teoría Lacaniana el falo es considerado como el significante metafórico por excelencia, representando éste a la falta, falta que lleva al sujeto en busca de un objeto ⁽³⁾. La incompletud constitutiva del sujeto es lo que lo lleva a la búsqueda del objeto perdido para siempre. La falta aparece como la piedra que marca el origen mítico del sujeto en devenir.

⁽²⁾ Si atendemos a diferenciar entre necesidad y deseo; tratemos de comprenderlo a partir de la discriminación que hace el lactante entre las necesidades vitales (alimento, cuidado, etc.) y la interrelación humana sin la cual su función simbólica no recibirla alimento. Si bien al principio de la vida ambos momentos son concomitantes, en el lactante cuando la necesidad está satisfecha, el deseo nunca lo está. El origen del deseo está en la relación de ser humano a ser humano y se distingue de la necesidad por la separación sentida en los límites cutáneos del bebé cuando se le niega el pecho de la madre después de mamar. La distinción del deseo estriba en su calidad de nunca satisfecho. (Dolto, 1987; pp. 257).

⁽³⁾ Lacan, J. "La significación del Falo".

También es necesario aclarar la confusión de que ser falizado es sinónimo de ser tratado como órgano del cuerpo materno, siendo que falizar un hijo significa la cesión de libido narcisista, la renuncia a su propia libido y por lo tanto, a sí mismo, a su muerte, para así poder falizar a su hijo, lo que implicará para los padres simbolizar la diferencia específica de ese hijo como un ser nuevo y significado como un sujeto que aún cuando presenta semejanza con ellos posee su dirección específica y subjetiva.

Un ejemplo de como convergen algunos de los significantes del hijo deseado, lo reseña el historial de una adolescente a la que sus padres la refieren como una hermosa muñeca aunque algo antigua, recordando muñecas que su madre atesora y que son heredadas de generación en generación. De esto, se vislumbra a la mirada analítica cierto fantasma, dicho por la chica misma, ella como la "*muñequita*" vehiculizada con una vida donde no pasa nada y en donde prava una inmovilidad sexual. Esta "*muñeca*" como un temprano significante es un índice de la falización materna, pero además producto sobredeterminado de un fantasma que le impide crecer y la perpetúa en la inmovilidad de un objeto de cerámica, una muñeca. En conclusión, la oferta de significantes relacionados con la vida temprana de esta chica quedó marcada en exceso por el estatuto de fantasma impuesto por la madre bajo la "*imago*" de muñeca y para colmo, socialmente su modo de muñeca le caía muy bien, lo que le hacía aún más difícil advenir al cambio. (Rodulfo, 1989).

Este mismo autor también reseña historiales donde ejemplifica cómo el niño es significado en calidad de síntoma o de fantasma. Menciona el análisis de una niña que inventa un significante para hablar de sus cosas y de

determinada imago suya refiriendo a una figura llamada "Cuca" la que es alternativamente una nena o una mujer muy mala. Cuca es fea, negra y capaz de todas las maldades, aborrecible como vieja y como niña.

A través del análisis de su prehistoria, la pequeña fabrica un significante que le permite hablar de su lugar de síntoma, revelando que ocupa el mismo lugar que el de aquella suegra de su abuela; por lo mismo, el síntoma de una pareja que no puede gozar o por lo menos su goce se ve interferido. La suegra había quedado como un personaje legendariamente terrorífico en la familia y cuando se quería expresar cuán malo era alguien, se la evocaba a ella como término de comparación.

Asimismo, es mencionado el caso de Luciano, cuando se refiere al niño significado en calidad de fantasma, ya que en dicho caso, el niño es negado en su diferencia, en su particularidad como sujeto y tiende a ser manipulado por y para el goce del Otro. (Rodulfo y Rodulfo, 1986).

LOS MOMENTOS IMPORTANTES EN LA ESTRUCTURACION DEL NIÑO.

Lacan (1975) ⁽⁴⁾, se interesa por mostrar la instauración de momentos estructurales que dan sentido a la infancia del niño. Su interés radica en aislar las formaciones fantasmáticas e imaginarias del niño para describir el complejo de Edipo como el acceso al mundo de lo simbólico. Para tal efecto, basa sus estudios en tres fases fundamentales: La fase preespecular (formación de complejos e imágenes); la fase del espejo y, el Complejo de Edipo.

Cuando habla de la fase preespecular refiere que la estructura familiar se encuentra marcada por una serie de complejos, -entendiéndose a éste como un factor inconsciente que se encuentra en la base de la estructura familiar y es el núcleo que organiza y distribuye los distintos comportamientos de la constelación familiar-inconscientes que gobiernan, organiza y dan sentido a los comportamientos de la familia y por lo tanto, dan sentido a un estilo de vida (mito familiar), cuyo equilibrio esta en función de las diferentes pulsiones manifestadas por la pareja parental.- De esta manera, el complejo puede ser tanto un factor de progreso como de regresión para el niño atrapado en él.

Junto a este complejo, Lacan describe la formación de una representación inconsciente conocida con el nombre de imago -allí donde el pequeño es pura dispersión, se le ofrece un lugar de unificación-, razón por la cual

⁽⁴⁾ Lacan, J. "El estadio del espejo como formador de la función del Yo tal como nos revela en la experiencia psicoanalítica".

se habla de imago y no de imagen, pues la imago de la especie es la causa de la unificación posterior, de la formación del Yo en lo imaginario-, la que muestra cómo los complejos e imágenes estructuran la génesis del niño en el discurso familiar.

El primer complejo se relaciona con el destete y con la imagen del seno materno. Cabe aclarar que aquí la relación madre-hijo no alude a un establecimiento instintual o biológico sino a una relación cultural. En ésta, el niño al oponerse al destete intenta perpetuar la relación fusional que prevalece con su madre al nacimiento así como evitar la angustia posterior al mismo, marcada por su condición de prematuridad temporal y por eso el deseo de regreso a la madre.

El segundo complejo se refiere al de intrusión; generalmente éste surge con el nacimiento de un segundo hermano y la manifestación de celos ante la presencia de un intruso, quien le permite al niño tomar consciencia de que otros pueden ocupar su lugar junto a la madre y el padre.

Otro de los momentos estructurantes es la fase del espejo, que es según Lacan, donde el niño consigue tomar consciencia de sí mismo así como establecer una relación con el Otro. Menciona que a diferencia de los animales, los cuales no llegan a concebir la imagen en el espejo como un doble de la realidad, el niño ante la imagen de su cuerpo en el espejo y sintiendo su cuerpo dividido, va a percibir por anticipación imaginaria (por efectos de la pulsión escópica) un cuerpo unificado. Pero esto no se dá de un momento a otro, sino que obedece a todo un proceso que va del juego ante el espejo, al hacer gestos y mímica por el placer que experimenta en el

ir y volver del espejo a la realidad por medio de la imagen y de la realidad misma. Este juego ante el espejo produce una transformación en el niño, la constitución de la imago, de su imagen a través de la identificación de sí mismo ante el espejo y la imagen del Otro como alguien a quien puede observar y lo observa al mismo tiempo.

La percepción de su imagen en el espejo le provee la posibilidad de concebir su cuerpo como una unidad produciéndose un poder estructurante, un poder de maduración que precipita el subsecuente desarrollo. Lo que se constituye en éste momento es la función narcisista, haciendo posible un cierto conocimiento de sí mismo pero al mismo tiempo deja surgir una posibilidad de alineación consistente en la fascinación del niño por su propia imagen o la de su madre.

Por consiguiente, la fase del espejo participa de lo que Lacan llama lo imaginario y se caracteriza en la relación dual madre-hijo. En lo imaginario, el individuo se cierra en sí mismo, su narcisismo no encuentra al Otro y no desemboca en lo real pudiendo llegar al establecimiento de relaciones sado-masoquistas en las cuales el niño queda reducido al estado de objeto de deseo de la madre como en el caso del complejo de destete. El niño sólo podrá acceder a su condición de sujeto, a su propio deseo cuando se dé el acontecimiento estructurante del paso de lo imaginario a lo simbólico por el franqueamiento del complejo de Edipo.

Lacan (en Pontanlis, 1976) plantea tres tiempos lógicos, que no deben entenderse como cronológicos en relación al Edipo como Complejo.

En el primer tiempo, el niño trata de identificarse con lo que es el objeto de deseo de la madre; es deseo del deseo de la madre y no solamente de sus cuidados; pero hay en la madre el deseo de algo más que la satisfacción del deseo del niño. Detrás de ella se perfila ese orden simbólico del que depende, y ese objeto predominante en el orden simbólico, es el falo. Es a partir del complejo de castración que la niña hace su entrada en el Edipo, como deseo del padre y deseo de un hijo del padre que sustituya en el fantasma el falo que le falta. La madre reconoce al hijo como objeto de su deseo y como aquello que transitoriamente, imaginaria e insuficientemente, viene a llenar su carencia.

El niño se identifica con una imagen que es investida desde afuera, imagen proveyente del ideal del yo de la madre, quien esta marcada por el intercambio simbólico. Esta imagen es categorizada por el lenguaje, lo imaginario está inducido por el lenguaje (lo simbólico). En esta imagen especular el niño reconoce su unidad y la identifica con el nombre propio que le es impuesto. Así, en el lenguaje se instituye el lugar del Yo (moi) desde donde el niño se designará a sí mismo. El significante lo representará quedando en total dependencia del Otro, lugar del tesoro de los significantes. El significante es lo que representa al sujeto para otro significante. Y en este momento de reconocimiento se constituyen los dos, el sujeto aprende a reconocer su propia imagen como equivalente de una imagen que tiene del Otro. El sujeto se constituye en el lugar del Otro, marcado por el significante, se aliena en su reconocimiento, alienación originaria del Ideal del Yo, matriz simbólica de posteriores identificaciones. *"Se identifica con su propia imagen, Yo Ideal, a través del Otro, a través de la imagen en el espejo. En este júbilo del Yo Ideal, el niño fija su perfección, su completud en la*

medida que corresponde con lo que el Otro ha marcado con el Ideal del Yo".

Orvañanos (en Braustein, 1987; pp. 196).

El niño se identifica a través de la mirada unificante que el Otro le dirige, es decir, se sostiene sólo con el consentimiento de éste al que el niño voltea a ver, a mirar y leer en su mirada un signo de reconocimiento. Ese Otro es la madre, quien sin saberlo es el agente, el Otro simbólico que coloca en su lugar al otro imaginario. Por medio de la frustración y de la dialéctica presencia ausencia, el Otro se revela como deseante y es el sujeto a partir de la imagen en el espejo que se convierte en el sujeto de la demanda ¿Qué quiere el Otro que yo quiera?. Pide se identifique con el falo o mejor dicho con el significante del falo.

El sujeto sólo puede salir de esta relación narcisismo primario, de esta relación del yo ideal, de esta identificación imaginaria con el falo por medio de la intervención del padre, introduciéndose así un cuarto término en la triada niño-falo-madre; la introducción del Nombre del Padre, segundo tiempo del Edipo como Complejo, y teniendo como función el de establecer la Ley.

"Falta del Otro, ausencia del Otro, falta del Otro en tanto que el sujeto se constituye en el lugar de la falta en el Otro... quedar cautivado en el deseo del Otro, quedar en posición de objeto y al mismo tiempo en lugar de desecho" (pp. 199). En el caso de Juanito, se clarifica el que éste está en posición del falo de la madre y se identifica siendo éste. La madre muestra excesivo interés por si *"hace pipí"* o no hace, por el tamaño, por el placer que representa tocárselo, etc.; y Juanito manifiesta angustia de castración por el deseo de estar con su madre. (Idem).

En el tercer tiempo del Edipo se plantea la intervención del padre como el poseedor del falo, no con si fuera éste, reinstaurando el falo como objeto deseado por la madre y no como aquél del que pueda privarla. El hijo deberá identificarse con el padre pero éste dependerá del lugar que él mismo ocupe en el fantasma de la madre, del lugar que ella reserva al Nombre del Padre. Al identificarse con la madre, el niño accederá a dejar de ser el falo para acceder a la condición de sujeto deseante, pasando a ser el falo, a tenerlo, tener un deseo formulable en una demanda. Así la castración simbólica marcará al sujeto como sujeto deseante. El falo pasa de ser un objeto imaginario a un objeto simbólico que circula.

Al declinar el Edipo a través de la identificación con el padre correspondiente, deja al superyo como heredero de este complejo con una función doble, como Ley y como portador del Ideal del Yo. La nueva forma del Yo Ideal de la identificación primaria, es el ideal del Yo. La ruptura de la identificación con el falo conduce a la construcción del ideal del Yo, ideal del Otro. El sujeto al someterse al orden de la Ley tendrá el falo, no lo será, lo recibe simbólicamente.

El otro aspecto del superyo es aquella Ley que impone la castración, la que determina la ubicación tanto del hombre como de la mujer y conlleva a la prohibición del incesto.

El niño que en un principio sólo obedece al principio del placer, lo imaginario, en adelante tendrá que tener en cuenta el principio de realidad, el que supone la intervención de un pacto o Ley correspondiente al orden de la

cultura y el consiguiente respecto al Otro. Así, el orden simbólico es lo que fundamenta y reestructura a los principios de realidad e imaginario conduciendo al niño a la renuncia de sus pulsiones.

El no acceder a la Ley o a las prohibiciones del incesto debido a la actitud de la madre o a la falta del padre (función), puede conducir a graves trastornos del lenguaje, actos desorganizados, etc.

Un ejemplo de la no intervención de la Ley del padre en la literatura clínica es el caso de Juanito.

IMPORTANCIA DE LA ESTRUCTURACION MATERNA COMO PORTADORA DE UNA NUEVA ESTRUCTURA.

El nacimiento de un niño constituye para la madre, la realización de sus deseos y sueños perdidos en su propia infancia, intentando recrear y repetir en su hijo, su propia historia y el clima general de su ámbito familiar infantil. De esta manera, el niño no posee en el seno familiar un lugar de sujeto sino que constituye el objeto de deseo de la madre. El niño será el lugar en donde la madre proyectará todos los fantasmas maternos puesto que el niño hasta el momento de su nacimiento y hasta la aparición del complejo de Edipo vive a través del Otro (madre) como el espejo del propio yo (moi). (Mannoni, 1976).

Dado que el sentimiento materno es estructurado desde la prehistoria de la madre, aludiendo a la relación de ésta con su propia madre, el niño es el objeto de la madre y de la abuela y así sucesivamente. Por lo tanto, le será difícil acceder a un yo singular o propio porque se encontrará prisionero de los deseos y fantasmas maternos, ya que como se mencionó, la relación madre-hijo desde el principio hasta antes de la resolución del Edipo es de tipo imaginaria. Sin embargo, la intervención del padre posibilitará al hijo el acceder al dominio de lo simbólico ya que el padre interviene en esta relación por el Complejo de Castración a lo largo de la resolución del Complejo de Edipo.

El término castración significa una prohibición del deseo con respecto a ciertas modalidades de la obtención del placer, prohibición cuyo efecto es armonizar y promover, tanto al deseante así integrado en la Ley que lo

humaniza, como al deseo al cual dicha prohibición abre paso hacia goces mayores. (Dolto, 1987. pp. 285).

El término castración puede entenderse de dos maneras: la castración real y la castración simbólica. Castración en sentido ordinario quiere decir supresión de los órganos sexuales. En sentido psicológico tiene un sentido más amplio. La privación de un objeto real como la castración placentaria en el niño al nacimiento, la castración oral o privación del pecho, la castración anal o aceptación del control de esfínteres, y la renuncia a un deseo o castración simbólica cuando nos referimos a la castración primaria en relación a aceptar el propio sexo y renunciar al otro y, la castración secundaria o aceptación de la prohibición del incesto, renunciar a su padre cuando se es niña y a su madre si se es niño.

Cuando el niño logra acceder a lo simbólico abandona el lugar que se le había asignado por la madre en sus fantasmas, en su cuerpo imaginario.

De esta manera, la figura masculina, aporta en la fase del Edipo, la prohibición fundamental a partir de la cual serán organizadas el resto de las prohibiciones, la prohibición del incesto, no tomarás a tu madre como mujer, no dormirás con ella porque es la mujer de tu padre.

El no plantear esta cuestión claramente puede conducir a desviaciones en el niño en cuanto a su sexualidad y a una futura psicosis. A los tres años, cuando la niña se inicia en el complejo de Edipo y se peca de su falta de pene, sobrevienen fantasmas compensadoras. El signo que la niña ha integrado la castración primaria se hace evidente cuando gusta de jugar y

proteger a los niños pequeños, lo que constituye la valorización compensadora a través del grupo de adultos que la valoriza como futura mujer y madre.

Aunque la chica ya esté lista para ser amante y mujer, al enfrentarse en la realidad con la maternidad corre el riesgo de una regresión a consecuencia de la identificación con ese feto impotente, con ese bebé pasivo que borra sus sentimientos conyugales. Existe también el peligro de una regresión pasiva y masoquista debido a las pruebas desnarcisizantes al ver deformado su cuerpo y su rostro marcado, lo que puede llevarla a consagrarse únicamente a su papel materno.

El esposo frustrado a fin de preservar su integridad sexual, abandona a su mujer en beneficio del lactante, y la madre se abandona a su consolador, el niño falo, y éste a ella, como la muñeca había sido la consoladora del duelo peniano. El sentimiento materno experimenta una regresión, el niño se convierte en el amo y en el juguete preferido de la madre, quien descuida al padre del hijo y a su propia persona para orientar su sexualidad exclusivamente hacia el papel de sirvienta. Sierva de su hijo valoriza un papel masoquista y su maternidad desempeña un papel desorganizador respecto a su pareja.

Incluso, la misma sociedad alienta el sentimiento exclusivista y sobreprotector que puede sentir la madre para con su hijo porque son muy pocos los médicos, maestros, consejeros, etc., que solicitan la presencia o minimamente la opinión del padre.

Al respecto, un trabajo de suma importancia acerca de la relevancia de la función materna y de la estructuración familiar en la estructuración psicosexual del niño lo constituye los trabajos de Pankow⁽⁵⁾ quien considera que la imagen del cuerpo se constituye con base en dos funciones. En primer lugar, una ligazón dinámica entre la parte y la totalidad del cuerpo, primera función fundamental; y luego, el captar más allá de la forma, el contenido y el sentido y sentimiento de ligazón, segunda función fundamental de la imagen del cuerpo. Basa su estudio no en la interpretación inmediata de lo reprimido, sino en lo que no es representado a través de una dialéctica de la estructura del espacio, pues considera que existen zonas de destrucción en el cuerpo del nipo que corresponden a zonas de destrucción dentro de la estructura familiar.

En el trabajo clínico realizado directamente por Gisela Pankow, ella reseña el caso de un paciente que escribía cartas al general De Gaulle y admiraba a Hitler; sin embargo, no había encontrado la vía de la estructuración homosexual del paciente. Era impotente y se ocupaba en leer revistas pornográficas. En una de las sesiones, intenta cortarse la muñeca con una hoja de afeitar y a continuación se entera que su mujer "*le había dado la orden de suicidarse*", pues en su familia "*católica*" el divorcio era imposible. Después de haber sido hospitalizado el paciente, la esposa le telefona insultándola y acusándola de frustrar sus planes. Posteriormente se entera que desde hace varios años es la amante del mejor amigo de su marido. He aquí que el delirio se presentará como un proceso de defensa contra la realidad que no puede ni quiere reconocer. (pp. 33).

(5) Pankow, G.. "*Estructura familiar y Psicosis*".

"La diferencia entre la neurosis y la psicosis consiste en que estructuras fundamentales del orden simbólico (las funciones de la constitución de la imagen del cuerpo), que aparecen en el seno del lenguaje y contienen la primera experiencia del cuerpo, están destruidas en la psicosis y simplemente deformadas en la neurosis" (Pankow, 1979).

CAPITULO IV

LOS SIGNIFICANTES DEL HIJO COMO OBJETO DE DESEO.

El hablar de un hijo, no se ubica en el momento en que nace biológicamente hablando pues éste es hablado desde mucho tiempo atrás, desde que es concebida la posibilidad como mujer y hombre de ser padres. Esto hace necesario contemplar el orden prehistórico que marca al sujeto desde mucho tiempo antes de su nacimiento; al ser hablado por los otros, le otorgan un cuerpo de palabras, un cuerpo manifiesto en el discurso acerca de mi deseo, de mi fantasía, de mi deseo como el Otro, y en tanto esto, un cuerpo imaginario, primer lugar que ocupa en el mundo simbólico.

Sin embargo, cuando se produce el alumbramiento, los padres y en particular la madre, es quien se enfrenta ante un bebé desconocido, dado que la imagen que poseía de éste era una imagen fantaseada. A partir de este momento tendrá que empezar a reconocer y reconocerse a sí misma en ese hijo que tiene ante sus ojos, el hijo real.

Cuando el hijo real no ofrece problemas de identificación a la madre, el proceso de reconocimiento se dará con menos limitantes, pero cuando el hijo nace con un déficit constitucional como la Deficiencia Mental, la madre no encuentra lugar de identificación, se siente monstruificada por haber creado a ése ser, rechazada y emergiendo una diversa gama de reacciones emocionales.

**CRISIS POR LAS QUE PASAN LOS PADRES ANTE EL
NACIMIENTO DE UN HIJO QUE NO CORRESPONDE CON EL
IMAGINADO: UN DEFICIENTE MENTAL.**

El significado del nacimiento de un hijo varía de unos padres a otros. Esto es un acontecimiento de gran trascendencia. Todos los padres esperan el día del momento del alumbramiento ; esperan a ese hijo imaginado que por lo general es un hijo estructurado por "*el Ideal*".

Generalmente no descubren o no se dan cuenta de lo que realmente es su hijo y suelen calificarlo como el más lento de todos. Al ser informados de la problemática de su hijo, sufren un impacto, tal vez no tan fuerte como aquellos que recibieron la noticia desde que éste nació. Los padres se hallan ante una situación que no esperaban o que nunca imaginaron vivir y que les obligará a imponerse a una serie de adaptaciones prácticas y psicológicas. La situación a la que deben enfrentarse está fuera de su control, de su conocimiento y como todo ser humano, crearán un modo de defenderse ante lo desconocido. Esta defensa se da ante un desfase entre el acontecimiento de sospechar que su hijo tiene algo "*raro*" y puede ocurrir que aunque el médico haya dado un diagnóstico claro, los padres tarden días, semanas, meses e incluso años en aceptarlo.

Las diferentes reacciones a las que se enfrentan los padres de un hijo deficiente mental son:

1. No aceptar totalmente el diagnóstico de deficiente mental.
2. Presentar ciertos sentimientos de culpabilidad.

3. Responder con resentimiento al hecho de que ha ocurrido en la familia y tratan de encontrar una justificación externa como causa de su problema.
4. Esperan una solución mágica.
5. Tienen un deseo generalmente inconsciente, de ser relegados de esa carga.
6. Buscan consejo y ayuda.
7. Tienen la esperanza de que su hijo se curará.

La reacción de la que hablamos también varía de acuerdo a:

1. Si la noticia se recibe desde el nacimiento.
2. Si la noticia se las dieron cuando el niño ingresa a la escuela.

Así mismo, los padres no reaccionarán de igual manera, ya que influirá el nivel sociocultural y económico de la familia.

Menolascino, 1969 y Wolfensberger, 1969 (en Ingalls, 1982) mencionan que hay tres tipos de crisis por las que pasan los padres ante la noticia de que su hijo es deficiente mental, es decir, tres razones por las cuales los padres reaccionen con emociones extremas.

1. El choque inicial y la crisis de lo inesperado.

Casi todos los padres tienen grandes planes y perspectivas para su hijo. Con estas expectativas, es fácil imaginar el profundo choque y desilusión que experimentan, ya que su hijo no será por completo autosuficiente. Como dice una madre: *"Esto es como si alguien viniera y te dijera que tu hijo está muerto"*. Todas las esperanzas e ilusiones de los padres se desmoronan.

2. La crisis de los valores personales.

La crisis de lo inesperado dura poco tiempo, pero una vez que los padres se reponen del choque inicial, empiezan a sentir otras muchas tensiones. La crisis de valores sobreviene porque los padres se encuentran repentinamente en una situación de valores conflictivos. Es muy raro que una madre admita, incluso en su interior, que algunas veces no siente ningún cariño por sus hijos y que le pese haberlo tenido; sin embargo, por un lado aman al niño porque es su hijo, pero por otra parte lo rechazan debido a su deficiencia mental.

Ante esta ambivalencia, las actitudes de los padres son:

Culpa.

Esta reacción es casi inevitable en los padres. El sentido de culpa y el sentimiento de vergüenza que los acompaña, es la sensación que se experimenta cuando se ha hecho algo mal. Un número sorprendente de padres ven al niño deficiente como un castigo de Dios por alguna falta que han cometido en el pasado. Esta reacción de culpa suele ser especialmente intensa cuando no se quería al hijo, que ahora ha resultado deficiente. Otros padres se sienten culpables no por el hecho de tener un hijo deficiente mental, sino por las reacciones que sienten hacia él. En ocasiones sentirán resentimiento o enojo y probablemente lo maltraten o agreden verbal, física o psíquicamente y al darse cuenta de la actitud tan negativa hacia un ser indefenso, su culpabilidad se hará más profunda. Un síntoma manifiesto es que los padres raras veces hablan de la deficiencia mental de su hijo.

Vergüenza.

El sentimiento de culpa casi inevitablemente viene acompañado del sentimiento de vergüenza. Muchos padres tratan de ocultar a sus hijos deficientes mentales y a menudo *"escondiéndose"* ellos mismos, a tal grado que se aíslan de sus amigos y familiares y se olvidan de la vida en sociedad.

Negación.

Una versión relativamente inocente es hablar del niño como de lento aprendizaje pero no deficiente mental. Otro tipo de negación es la renuencia a advertir que el trastorno de su hijo no tiene remedio y la forma más extrema es sencillamente la negativa rotunda para aceptar la verdad.

Protección excesiva.

Otro patrón frecuente de conducta parental es la protección excesiva al niño. Algunos padres, por lo general la madre, dedican todo su tiempo al niño deficiente mental, hasta olvidarse casi totalmente de los demás miembros de la familia y constantemente tratan al deficiente como si estuviera más incapacitado de lo que realmente está. Así, la madre parece estar diciendo *"Ven ustedes cómo amo a mi hijo deficiente"*, lo estoy sacrificando todo por él, pero en realidad está preocupada por ocultar a sí misma y a los demás que inconscientemente el niño le disgusta y que está resentida con él. Admitir ésto sería demasiado doloroso y por consiguiente actúa lo contrario.

Pena.

"Una tristeza crónica que invade a toda la persona". Casi todos los padres que tienen un hijo deficiente mental padecen una pena crónica durante toda su vida. El grado de este dolor suele variar de unos padres a otros.

3. La crisis de la realidad.

Así como los padres tienen que afrontar sentimientos ambivalentes producidos por valores en conflicto, es necesario que afronten realidades más concretas. La primera de ellas es de tipo económico; muchos deficientes tienen problemas de salud, requieren tratamiento y a no ser que estén cubiertos por algún tipo de seguro médico, pueden dar origen a terribles bastos económicos.

Otras preocupaciones incluyen el modo de cómo los parientes y vecinos van a aceptar al niño.

También se preocuparán por el efecto que el niño deficiente mental pueda tener en su propio estilo de vida y finalmente se cuestionarán acerca de ¿Qué sucederá con él cuando los padres ya no puedan proporcionarle el debido cuidado? ¿Qué sucederá cuando ellos mueran? ¿Logrará ser autosuficiente? .

IMPOSIBILIDAD DE PROYECCION EN LA MADRE.

" *La frustración tendrá por figura la presencia (veo todos los días al otro y sin embargo no me siento colmado; el objeto está allí realmente, pero continúa faltándome imaginariamente)*". (Roland Barthes: "*Fragmentos de un discurso amoroso*" ; Siglo XXI; México, 1982. pp. 48) (En Braunstein, 1987).

En la teoría Lacaniana, el falo es considerado como el significante metafórico por excelencia, representando éste a la falta, falta que lleva al sujeto en busca de un objeto. La incompletud constitutiva del sujeto es lo que lo lleva a la búsqueda del objeto perdido para siempre. La falta aparece como la piedra angular que marca el origen mítico del sujeto.

Lacan (en Braunstein, 1987) plantea que en la frustración es un objeto real el que falta y se sitúa en un nivel de daño imaginario. pp. 176.

La frustración no desemboca en el puro deseo sino en el orden simbólico, pues ese niño - pene aparecen como el sustituto del falo faltante de la madre y que se comprende en referencia a la castración, considerando que el falo como dice Lacan aparece como el medium entre la demanda y el deseo pues es éso que nadie puede dar a nadie, es el significante del deseo que no es posible agotar en ningún objeto real.

La comprobación de su castración en la niña la conducirá a la envidia del pene que le llevará a realizar una serie de equivalencias y sustituciones

simbólicas (niño - pene). El Complejo de Castración en la mujer la lleva a la envidia del pene (falo) como significante de una carencia, de una ausencia que representa el lugar de la falta no la tapa. De allí que el lugar que el niño ocupe en el deseo de la madre, sea el lugar del falo, significante de la castración. El falo es esa imagen de completud que se imagina la madre en forma de pene, instaurando así como un significante del deseo bajo el soporte imaginario de la madre. El falo es una dimensión del significante y es independiente de la diferencia anatómica de los sexos. Su función como significante revela la falta en el Otro siendo esta falta lo que permite que exista el sujeto.

De esta manera, el niño del segundo y tercer año suele ser *"un toca todo"* sitúandose en el campo del Otro. Las cosas advienen al lugar de objeto para el niño y ellos se sitúan en el campo significante del Otro.

Los niños autistas y psicóticos precoces presentan como uno de los primeros rasgos inquietantes, o bien la negativa de mirar al Otro o bien de ser mirados por él. He aquí que el pensar en la estructuración del niño nos exige ubicarnos en el nivel de la demanda encerrada en la mirada del Otro.

Para que un sujeto se constituya, se estructure en sus inicios, no es necesario esperar a que camine, a que maneje con habilidad la prehensión, que patee una pelota o que mantenga alienada su cabeza en relación a su visión porque hay niños paráliticos cerebrales que nunca manejarán la pinza manual, ni caminarán; o mongólicos que nunca patearán una pelota; o ciegos que nunca alienarán su cabeza con su inexistente visión; y no por eso serán menos sujetos de deseo que otros niños que gozan de todas sus habilidades

corporales, pero es cierto que tales accidentes del desarrollo plantearán obstáculos a la estructuración psíquica e incluso pueden ponerla en cuestión, pues no es del cuerpo (fallas) sino de la simbolización que en él se opere que depende su estructuración psíquica. Y como ya mencionamos, ese proceso de simbolización depende del Otro que desante del niño lo engendró para ocupar un lugar en su cadena significante. (Jerusalinsky, 1988).

Ese niño es buscado y tenido para soportar en su propio cuerpo las marcas que esos padres pretenden trazar para sostenerse ellos mismos.

Cuando algo en el cuerpo del niño ofrece una imagen que no corresponde con lo esperado, los padres se ven en la imposibilidad de sostener en qué simbolizaron la relación con el niño, enfrentándose con el hijo real: un hijo con el cuerpo mutilado, que imaginariamente cae sobre el cuerpo de ellos mismos. Estos presos por el horror, precisan de un algo para sostener su Yo, más allá de la castración simbólica, pues lo real amenaza con romper con toda posibilidad de identificación con el semejante; los padres se sienten *"monstruificados"* y tienen que *"o bien hallar en el hijo el trazo imaginario que les permita un re-encuentro (aunque vacilante) con él, o bien distanciarse bruscamente"*. (Ibidem).

Mannoni (1987) menciona que al nacimiento de un hijo con retraso mental, la madre se ve imposibilitada de toda proyección humana a consecuencia de una pérdida brusca de toda señal de identificación con el niño real. Y en estos casos la relación madre-hijo tendrá siempre un trasfondo de muerte, de muerte negada y disfrazada la mayor parte del tiempo de un amor

sublime, de indiferencia patológica, de rechazo consciente, pero finalmente ideas de muerte hacia su hijo, aunque no puedan tomar consciencia de ello.

La misma Mannoni relata el caso de una madre, quien sabe que su hijo es mongólico desde su nacimiento, pero ella no oye las palabras del partero y cuando el niño tiene tres meses, el pediatra confirma el diagnóstico. La madre rechaza los exámenes orgánicos y refiere: "*a un ser anormal se le mata, no se le puede dejar vivir*". El niño a los dieciocho meses, presenta anorexia y negativismo motor (aunque ha logrado la marcha). pp. 21. Uno de los caminos más frecuentes que adoptan los padres es el de refugiarse en interminables estudios médicos que con finalidad diagnóstica, técnicas de tratamiento, les indique qué hacer con "*esto*" que no saben tratar; así queda al margen la elaboración de cómo relacionarse con ése niños.

Nos encontramos con que ese cuerpo inmaduro o deficitario tiene que enfrentarse a límites para hacer su inscripción dentro de la cadena significativa, pues ya desde que es engendrado en el seno de una cultura se encuentra inmerso dentro de una marca simbólica: la que los afecta ya sea para matarlos (los Griegos en el Tai-geto), sea para endiosarlos (los Egipcios), para considerarlos una maldición (la Iglesia Católica en la Edad Media), para tacharlos de encarnación del demonio (Lutero), de representantes de una raza inferior que invade al mundo (Crook Hank en su libro "*Los mongoles entre nosotros*", 1924) o sea para reeducarlos (en la actualidad).

Pero para remontar el obstáculo de la marca significativa no basta con restaurar la especularización entre el niño y su madre, sino en sostener el

paso de un significante a otro, el trazo imaginario que permita mantener una continuidad en la serie, pues sólo así aparecerá un sujeto.

Un caso en donde el significante inicial impuesto a un niño es transformado por la participación y deseo del Otro es el de Beto, niño que nace con agenesia parcial del cuerpo calloso. Su pronóstico: problemas motores severos en el terreno de la coordinación, déficit intelectual impredecible pero seguro, esquizofrenia. Atendido en el servicio de estimulación temprana, Beto recurre a la visión para ir armando el rompecabezas que su constitución le presentó: un niño de dos partes, pero unarizado en el discurso de su madre, el Otro, que lo sitúa como uno, le permite desde su imaginario sembrado en él por otro, que se articule. Así Beto, esperando ver en la mirada del Otro la comprobación de su éxito, evoluciona en lo motor, lo perceptivo y lo psíquico de un modo inesperado. Sin embargo, no es posible sostener en su totalidad la cadena significativa pues hay algo que el padre no soporta: la agenesia de la línea media de su cuerpo afecta su genital, tiene un micro pene. (Jerusalinsky, 1988)

La demanda de los padres es diagnóstico, evaluación, test indicativos educativos, remedios, demanda que se orienta en su apariencia a que les arreglen el muñeco roto de su narcisismo. Debido a la formación académica de los terapeutas y la demanda explícita de los padres al psicoanálisis le es difícil su entrada pues los padres esperan recetas y que el saber omnipotente, o aquél que todo lo sabe en el campo de la materia le indique el camino idóneo a seguir.

Por su parte, la escuela Psicoanalítica implica el no colocarse en el lugar del sujeto que todo lo sabe, sino en el punto de que el saber corresponde a un sujeto al que aún nada se le ha preguntado. Este sujeto, es el niño que en los inicios de su vida que es cuando presenta los primeros signos de la patología del desarrollo, el discurso está albergado en el discurso parental más que en el niño mismo. Pero los mismos padres se resisten a interrogar a éste sujeto, ya sea desviando sus preguntas hacia nuestro supuesto saber o evitándolas replegándose en el discurso técnico. (Mannoni, 1979).

La dificultad de los padres para hablar de ése hijo, reside en que frecuentemente han deseado su muerte en lo real o para no realizarla en el plano de lo real, se realiza la muerte del sujeto retirándolo del campo de la posibilidad de ser significado y estructurado, y por lo tanto, de su relación con el Otro. *"El Otro no es un estímulo, ni un estimulante, sino la instancia que, desde su mirada, organiza en el niño su auto - imagen - corporal; y desde su discurso, recorta, en el ojo, en la boca, en cada "agujero" del niño la sombra de un objeto inexistente, que por ello será incesantemente buscado"*. (Levy, 1988).

Al nacer un niño deficiente, el contraste entre el hijo imaginario y esperado con el que acaba de nacer, afecta la función materna, ya que la madre se debate en el duelo de la pérdida de ese hijo imaginario y siente al recién nacido como un impostar o como un desconocido. No sabe qué hacer con ese bebé que tiene dificultades constitucionales, y que no cabe en el fantasma materno.

La sustentación, manipulación, el conectar al niño con el mundo, la transmisión del lenguaje, el juego y en general todo queda profundamente perturbado ante el déficit constitucional del bebé, produciendo un desencuentro entre madre e hijo producto del dolor que se instala en el intercambio madre-hijo; y por otro lado, debido a los bajos niveles de registro y respuesta del pequeño con déficits constitucionales.

Hay ocasiones en que los padres no pueden reconocerse en el hijo, dado que existe una falla que lo torna distinto ya sea en el plano de lo real o de lo imaginario, aunque en ambos casos el efecto es el mismo, el reconocimiento no se produce.

Cuando en lo real, que es el caso del Deficiente Mental, el niño no es como los otros, no es el hijo esperado en el plano de lo real, su nacimiento irrumpe con un efecto siniestro el cual se impone a la situación, dado que la sombra del hijo deseado y perdido caerá sobre el Yo de los padres, marcando la brecha de la depresión melancólica. En este momento es cuando aparece la pregunta ¿Por qué a mí? la que los sumirá en la autocontemplación dejando desde ahí al hijo fuera del circuito narcisista.

Los padres se esfuerzan por suavizar el efecto de la contrariedad adoptando actitudes de mártires, víctimas de un castigo, guerreros sociales en pro de sus hijos, ostentando a su hijo deficiente mental como un galardón de heroísmo. Todas estas formas de delirio sólo tienden a restituir el narcisismo de los padres, el cual ha sido dañado y buscan una justificación para lo ocurrido.

Sin embargo, esta reidentificación de los padres en personajes heroicos para hacer más ligera su carga tiene riesgos importantes para el niño, quien en el delirio queda reducido al límite de lo real, quedando inadvertido en el mundo imaginario materno como objeto de deseo y pasando a ser una cosa (objeto) a través de la cual la madre se vuelve heroica y suficientemente reparada, actuando de acuerdo a un plan, a un programa, en donde no hay posible elección por el niño, el objetivo es llegar a lo máximo. El niño, reconocido en lo humano pero distanciado en su relación de objeto de deseo del Otro (madre) posibilita su entrada en la psicosis pues no actúa en concordancia con el deseo sino en relación a lo planificado. (Mannoni, 1979).

Pero a pesar de la depresión, de aferrarse a la reparación narcisística o del heroísmo compulsivo, el deseo original del hijo persiste en los padres manifestándose en el fantasma del deseo del hijo a quien han tenido que "resignarse" y percibirlo como incompleto.

Levin y col. (1988) quienes han trabajado sobre terapia psicomotor en niños con problemas de desarrollo, mencionan que la perturbación psicomotriz está compuesta por aquello que es la expresión del proceso neurológico y por una serie de síntomas los cuales están en juego en la relación con un Otro (madre), determinando la imagen corporal del cuerpo. Si el niño se sitúa frente a él mismo de acuerdo al lugar que ocupa al ser mirado, tocado, deseado por Otro, construyendo así su imagen; esta imagen se encuentra cargada de significantes, de significaciones que adquieren el déficit para sus padres remitiéndolos a su propio narcisismo, a su propia imagen corporal. Tanto el proceso determinado por la circulación del deseo como los

vinculados a la patología orgánica se articulan en el proceso de simbolización.

"El propio cuerpo no se reduce a lo real puesto que mediatiza todo un mundo imaginario que se va destacando poco a poco sobre un fondo de transferencia". (Sami Alli, 1979).

La marca simbólica ejercida por el Otro va dibujando, inscribiendo, tatúando el cuerpo, faltas, agujeros, zonas erógenas: generando bordes, saliencias en donde lo real del cuerpo se pierde.

De aquí, que a lo largo del trabajo analítico se jueguen dos tipos de demandas, una explícita, que se refiere generalmente a los déficits o excesos de comportamiento, los cuales competen con situaciones de adaptación social, situación por la que acuden los padres y; otra implícita, en donde se juega con el deseo del Otro, el deseo inconsciente de destruir, de matar, de romper de tajo con ese hijo que no corresponde con el hijo imaginario, con el hijo idealizado, pero siempre y por siempre deseado. Tal contraste en las demandas es tan sólo una muestra de las conductas ambivalentes adoptadas por los padres en su discurso respecto a su hijo.

Los padres acuden demandando orientación de manejo comportamental, reeducativo en cuanto a déficits intelectuales, rehabilitatorio en cuando a problemas físicos y mágico en relación a situaciones de difícil o incierto pronóstico. Todas estas actitudes competen con el desarrollo del análisis y son muestra de las actitudes que adoptan los padres durante el curso del mismo, manifestaciones que obstaculizan y en ocasiones paralizan el

análisis, son las resistencias parentales, las que pueden llevar incluso al suicidio de los padres al verse imposibilitados para enfrentar la situación real.

CONSIDERACIONES.

Si tomamos en cuenta que el ser mujer sólo puede entenderse a partir del lugar que se le destina dentro de la sociedad en que se encuentra inmersa. Es a finales del Siglo XVIII y con el auge del Psicoanálisis en los Siglos XIX y XX, momento en el que se revaloriza a la mujer en su condición de madre.

De tal forma que las postulaciones Lacanianas dan cuenta de que, ser mujer y madre podrá ser leído a partir del lugar que se le destine a ésta en la Teoría del Falo. Porque la mujer en su condición de falta, buscará el significante que venga a colmarla aunque sea de forma imaginaria y transitoria, siendo tal significante metafórico, un hijo, un medio para satisfacer su narcisismo y su necesidad de completud. Y es por ello y para ello que advendrá mujer y madre. Pero al hablar de la condición de madre es necesario tener en consideración que la relación de maternaje o comunmente llamada amor maternal, no obedece a una gestación natural o instintual aunque éste sea el criterio más generalizado y socialmente difundido; sino que obedece a todo un proceso de estructuración que se dá en la madre desde que es niña, proceso que se encontrará influenciado por las identificaciones y frustraciones sufridas con mujeres de su familia y no familiares, y principalmente con su madre, quienes irán estructurando durante el transcurso de la vida cotidiana un modo de ser y de sentir, de esperar y de actuar la maternidad a futuro.

Este proceso de estructuración también se encuentra influenciado por el Mito Familiar y la consecuente red de significantes que ejerzan su marcaje dentro

de las mujeres de la familia, pudiendo generar formas específicas de comportamiento, formas de asumir, de vivir y de esperar la maternidad, y por consiguiente: el deseo de tener un hijo.

Cuando una pareja conviene en tener un hijo, y aún mucho antes de que éste nazca, el niño quien es objeto de deseo del Otro, la madre, se inserta inmediatamente en una red significante conformada por los significantes parentales, los que han sido estructurados en la prehistoria de los mismos. De tal manera, que el hijo, vendrá a ser lugar, el espacio donde se jueguen los significantes estructurales y estructurantes de los padres. Y sólo éstos le posibilitarán el advenir en su condición de sujeto deseante y el no quedar atrapado como objeto de deseo del Otro.

Sin embargo, cuando ese hijo sale fuera de los rangos de lo que socialmente se denomina normal, como lo es el caso del Deficiente Mental, la madre se ve imposibilitada de toda identificación porque no encuentra ahí proyección alguna, proyección de sí misma, de su estirpo, pues ese niño desajustado no llena su falta, su deseo de completud, ni aunque sea transitoriamente. Este hijo en el plano de lo imaginario seguirá siendo el no deseado, en la realidad, será el imposibilitado y el dependiente ya sea en mayor o menor medida; y en el plano simbólico será un objeto de desecho imposibilitado la mayoría de las ocasiones de devenir sujeto.

De tal suerte que el transfondo de muerte en la madre en relación a su hijo, no es único y exclusivo del deficiente mental, o del hijo con cualquier otro tipo de discapacidad, aunque pudiera pensarse que tal vez, si más frecuente en éste último, dado que la madre cuenta con un hecho real que le impedirá

y/u obstaculizará el proceso de significación de la relación amorosa con su hijo; pero para todas aquellas madres que carecieron de los significantes estructurantes del amor maternal durante su prehistoria, también pudieran manifestar el deseo de muerte hacia sus hijos aunque estos caigan dentro de lo que socialmente se denomina "normalidad".

Ahora bien, el presente se orientó, como se menciona en la Introducción del mismo, por la postura Lacaniana del Psicoanálisis y en específico el de sus seguidores más contemporáneos como Dolto, Mannoni, Rodulfo y Rodulfo entre otros, debido a diversos factores:

1) Dicha postura es la que nos ofrece herramientas para escuchar no sólo el lenguaje hablado, sino el lenguaje del cuerpo en sus diferentes manifestaciones así como el proceso de significación de los mismos, los cuales no tienen su origen al nacimiento.

2) Si bien el trabajo analítico se ha orientado hacia los niños y adolescentes, existe un gran hueco en cuanto al trabajo con deficientes mentales, siendo que los autores mencionados son los iniciadores de una postura nueva en cuanto al abordaje y trabajo clínico con los mismos.

3) Dicha orientación conduce en el campo de trabajo con padres de deficientes mentales a ubicar la demanda de los padres no sólo en el nivel de lo explícito -reeducación, modificación de conducta-, sino en el nivel de la demanda implícita, del juego de palabras, de conductas y emociones, las cuales se mezclan en una demanda primordial: *"No quiero rechazar a mi hijo, pero no lo quiero"*.

4) Si bien es cierto que los programas reeducativos son un buen auxiliar en cuanto al manejo de chicos deficientes mentales, la implementación de los mismos por sí sólo genera cambios tan sólo temporales y en ocasiones incluso, no se muestran efectos de los mismos debido a que desde tal aproximación al problema se le está denegando advenir al chico en su condición de sujeto, pasando a quedar alienado como objeto de deseo del Otro. Es decir, se le incrementan o decrementan conductas pero él se encuentra desibinizado, pues no ha sido cargado de deseo, dado que el Otro no lo desea en su condición de deformación de la especie y aún menos en su condición de hijo.

Es cierto que la sociedad y el proceso educativo no formal e incluso formal ubica a la mujer con un cierto rol a desarrollar, siendo primordial el cuidado y educación de los hijos, promoviendo la existencia del amor maternal como algo dado en su condición de mujer y madre; se pudiera pensar que éste se generalizaría a todos los hijos sin tener en cuenta peso, tamaño, forma, color o "atipicidad" como una característica más del ser que ha nacido. Pero las madres de hijos que presentan déficits constitucionales o como recientemente se les ha denominado, con alguna atipicidad, y sobre todo cuando ésta es severa, muestran un comportamiento oscilante entre la sobreprotección o el desafano, evidenciando en general comportamientos ambivalentes hacia su hijo.

Sin embargo, la madre se ve imposibilitada para decir abiertamente que no quiere a su hijo, porque lo que la sociedad le demanda es quererlo y amarlo, situación para la que la madre se encuentra imposibilitada, surgiendo como

consecuencia trastornos o desviaciones en la relación madre-hijo y padres-hijo.

De tales premisas dá cuenta el psicoanálisis, pero no las denuncia, no las saca a la luz y nos deja en el saber del amor maternal incondicional, en el tabú del amor maternal justificando su quehacer analítico y en esta medida se vuelve cómplice de una verdad no dicha. Una madre no está obligada a querer a su hijo si no encuentra en él identificación ni proyección alguna.

Ahora bien, el objetivo del presente no es justificar la inserción del quehacer analítico en el campo de la Deficiencia Mental, si no simplemente hacer un llamado en tanto que desde cualquier aproximación al problema de la conflictiva padres-deficiente mental sea rebasada la demanda explícita y así el etiquetar al individuo colocado en nuestras manos y, prestemos mayor atención a la escucha del que somos portadores, pues esto nos posibilitará complementar el campo de la reeducación.

BIBLIOGRAFIA.

- AINSWORTH, M.: "*The development of infant mother attachment*" (1973). En "*El desarrollo psicológico del niño*". Ed. Interamericana; México, 1985. Cap. 5.
- BADINTER, E.: "*¿Existe el amor materno?*". Paidós/Pomare, Colección Padres e hijos; Buenos Aires, 1981. 1er. ed.
- BLEICHMAR, S.: "*La constitución psicosexual en la infancia*". Material editado con fines didácticos. UNAM, 1985. (Folleto).
- BOWLBY, J.: "*El vínculo del niño hacia la madre*". En: "*La conducta de apego*". Ed. Alianza; México, 1978.
- BRAUNSTEIN, N. Y Cols.: "*Las pulsiones y la muerte*". En: "*La reflexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan*". Ed. Siglo XXI, México, 1987. 2ed.
- CARUSO, I.: "*Narcisismo y socialización*", Ed. Siglo XXI, México, 1976. 3er. ed.
- DOLTO, F.: "*La Génesis del sentimiento materno. Enfoque psicoanalítico de la función simbólica femenina*". En: "*En el Juego del Deseo*"; Siglo XXI, México, 1987. 3er. ed.
- FREDERIC, H. y MALINSKY, M.: "*Martín el niño que pegaba a su madre*", Paidós. Colección Padres e Hijos; Buenos Aires, 1981. 1er. ed.
- FOLADORI, H.: "*El talón de Aquiles de la educación especial*", La Nave de los Locos. Revista trimestral de la Universidad Michoacana; No. 7; 1984.
- GOTTLIEB, y GORMAN, L.: "*Public attitudes toward mentally retarded children*", American Journal of mental deficiency. Vol. 80, No. 1, pp. 72-80, 1967.
- INGALLS, F.: "*Retraso Mental*". La Nueva Perspectiva. Ed. El Manual Moderno; México, 1982.

- JERUSALINSKY, A. y Cols.: "*Psicoanálisis y Deficiencia Mental*". En: "*Psicoanálisis en problemas del desarrollo infantil*". Ed. Nueva Visión; Buenos Aires, 1988.
- LACAN, J.: "*El estadio del espejo como formador de la función del Yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*". En *Escritos I*; Ed. Siglo XXI, México, 1975.
- LACAN, J.: "*La significación del Falo*". En: *Escritos I*; Ed. Siglo XXI, México, 1975.
- LACAN, J.: "*Lo simbólico, lo imaginario y lo Real*". *Revista Argentina de Psicología*; No. 22; Buenos Aires, 1977.
- LANGER, M.: "*Matemática y Sexo*". Ed. Paidós, México, 1990. 3er. ed.
- LEVIN, E.: "*Terapia Psicomotriz en niños con problemas de desarrollo*". En: "*Psicoanálisis en problemas del desarrollo infantil*". Ed. Nueva Visión; Buenos Aires, 1988.
- LEVY, E.: "*Reflexiones en torno a la clínica Psicopedagógica y Psicomotriz*". En: "*Psicoanálisis en problemas del desarrollo infantil*". Ed. Nueva Visión; Buenos Aires, 1988.
- MANNONI, M.: "*La primera entrevista con el psicoanalista*". Ed. Gedisa; México, 1986.
- MANNONI, M.: "*La debilidad mental cuestionada*". En: "*El niño, su enfermedad y los otros*". Ed. Nueva Visión; Buenos Aires, 1987.
- MANNONI, M.: "*El niño retardado y su madre*". Ed. Paidós; Buenos Aires, 1987.
- MANNONI, M.: "*De un imposible a Otro*". Ed. Paidós; Buenos Aires, 1985.
- ORVAÑANOS, M.: "*El complejo de Edipo y Castración*". En: "*La Reflexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan*". Ed. Siglo XXI; México, 1987.
- PANKOW, G.: "*Estructura familiar y psicosis*". Ed. Paidós; Buenos Aires, 1979.

- PONTANLIS, J.: "*Las formaciones del inconsciente*" (Transcripción). Ed. Nueva Visión; Buenos Aires, 1976.
- RICHARD, M.: "*El retorno a Freud*". En: "*Los dominios de la Psicología*". Ed. Itsmo, Tomo I; España, 1971. pp. 140 - 172.
- RICHARD, M.: "*La debilidad mental discutida*". En: "*Los dominios de la Psicología*". Ed. Itsmo, Tomo I; España, 1971. pp. 221 - 235.
- RICHARD, M.: "*Inconsciente y estructuras familiares*". En: "*Los dominios de la Psicología*". Ed. Itsmo, Tomo II; España, 1971. pp. 13 - 29.
- RODULFO, R. y RODULFO, M.: "*Clínica psicoanalítica en niños y adolescentes*". Lugar Editorial, 1986.
- RODULFO, R. : "*El niño y el significante*". Ed. Paidós; Buenos Aires, 1989.
- SAMI ALLI.: "*Cuerpo Real, cuerpo imaginario*". Ed. Paidós; Buenos Aires, 1979.
- WINNICOTT, D.: "*Papel de espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño*". Ed. Paidós; Buenos Aires, 1980.